

UMIÖN

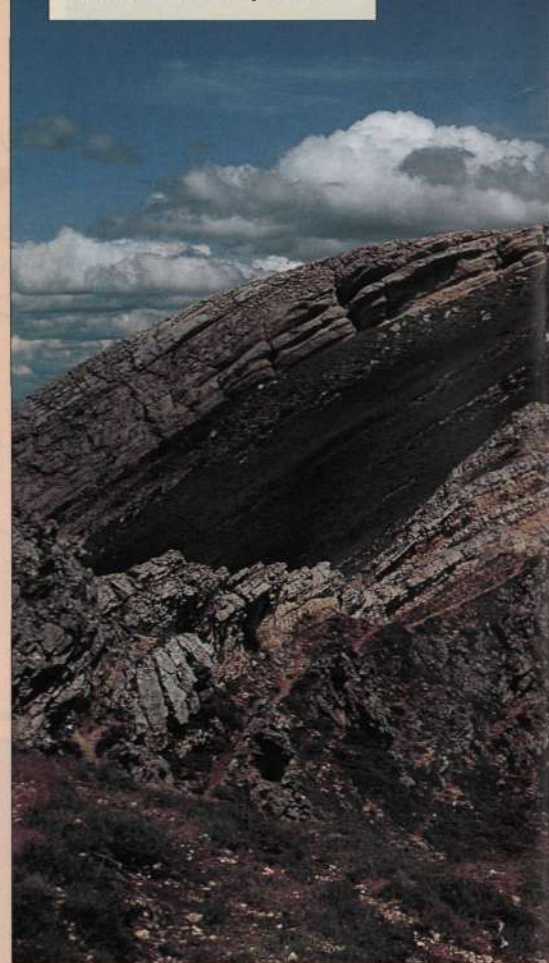
FINAL Y PRINCIPIO PARA UNAS BOTAS

Juan M.^a Ansa

EMPEZABA ya a aburrirme esta situación. Encerrada entre cristales, ubicada siempre en un lugar visible del escaparate, veía transcurrir los días sonriendo a los curiosos visitantes, que uno tras otro se detenían ante mí haciendo numerosos comentarios. Las primeras jornadas me sentía algo nerviosa, me ruborizaba incluso, y pensaba que la siguiente persona en pararse sería por fin la que me rescatase. Con el tiempo, la inquietud fue dando paso a la resignación, e incluso al tedio, si bien, gracias a los comentarios que oía de mis compañeras de escaparate, aprendí que la libertad a cualquier precio no era buena consejera. Muchas afirmaban que al verse requeridas para ser probadas por alguna persona entrada en kilos hacían lo posible por mostrarse hoscas, duras e incluso se atrevían a rozar con fuerza sus pies a fin de que desistiera en su intento de comprarlas. Conseguido su cometido sentían un gran alivio al ser devueltas de nuevo al escaparate. Yo, algo más ingenua, no había llegado a tanto, simplemente la suerte me había sido esquiva con mis probadores, aunque tengo que confesar que no todos me eran igual de simpáticos.

Para cuando una tarde primaveral la dependienta, asíndome entre sus manos, me presentó a un nuevo cliente fuera del escaparate, yo tenía muy claras mis preferencias. No quería un chico joven, pues a pesar de ser joviales y alegres nos tratan a patadas, sí, sí, he dicho bien, sin premeditarlo y sin mala intención pero ... ¡a patadas!. Tampoco tengo nada contra los más maduros, al contrario, nos tratan con mucho mimo, siempre limpias, betún, grasa y demás, pero ... también sin mala intención ¡nos andan a rastras!. Por eso suspiraba en alguien de mediana edad cuyo temperamento estuviera algo sosegado, pero manteniendo intacto su espíritu emprendedor. En cuanto ví a mi nuevo aspirante un ligero cosquilleo recorrió mi cuerpo desde la base de la suela hasta los extremos del cordón haciéndome sonrojar. Tenía la edad apropiada, su cintura y vientre poco abultados dejaban adivinar que tendría que soportar menos peso, razón más que suficiente para convencerme de que aquella era la ocasión. Durante la prueba puse todo mi interés mostrándome complaciente a fin de serle agradable, mientras él, algo desconfiado, se obstinaba en doblarme hacia un lado y otro

Accésit del XII
Concurso de Artículos
de Montaña de Pyrenaica



La cumbre de Umiön (1.434), perteneciente a los montes Obarenes. Como su cima se adentra ya en las tierras burgalesas, es considerada por su cercanía como zona aneja a Araba, siendo válida para los concursos de los Cien Montes.

para ver lo que yo era capaz de aguantar. Cuando por fin se atrevió a sumergir su pie descalzo en mi regazo lo recibí con dulzura y suavidad, cosa que debió agradecer sobremanera, pues tras obligarme a pisar de puntas flexionando la suela, decidió hacerse con mis servicios llevándome con él. Al marchar, por fin libre del escaparate, me sentí muy feliz. Miré por el rabillo del ojo a las que hasta entonces habían sido mis compañeras, y adiviné en ellas una cierta tristeza no exenta de envidia. ¡Hasta luego!

Soy partícipe de sus planes y decisiones

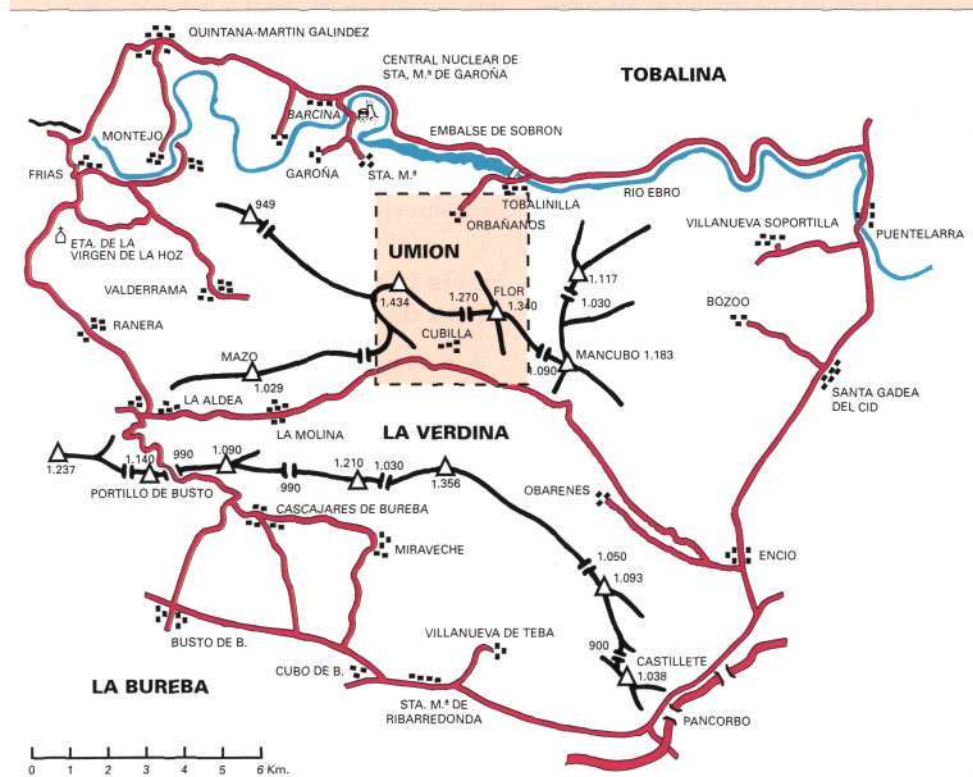
Ya me perdonaréis pero estaba tan ensimismada con mi traslado que he olvidado el presentarme. Sin duda habréis adivinado que soy una bota de monte, o mejor dicho un par de botas, lo que sucede es que desde nuestro nacimiento supimos de la necesidad de vivir unidas, pues la una sin la otra no podíamos ir muy lejos. De ahí que con el tiempo hayamos decidido, en cuerpo y alma, formar una sola unidad. Así pues, hablando en singular, os diré que me encuentro en mi nueva morada. Mi dueño, tras presentarme a toda su familia, ha tenido la deferencia de colocarme sobre su mesa de trabajo haciéndome partícipe de sus planes y decisiones. Le noto inquieto, con aire dubitativo, ojea y ojea mapas sin parar hasta detenerse complacido al fin ante un nombre en el que posa fijamente su mirada: Umión 1.434 metros.

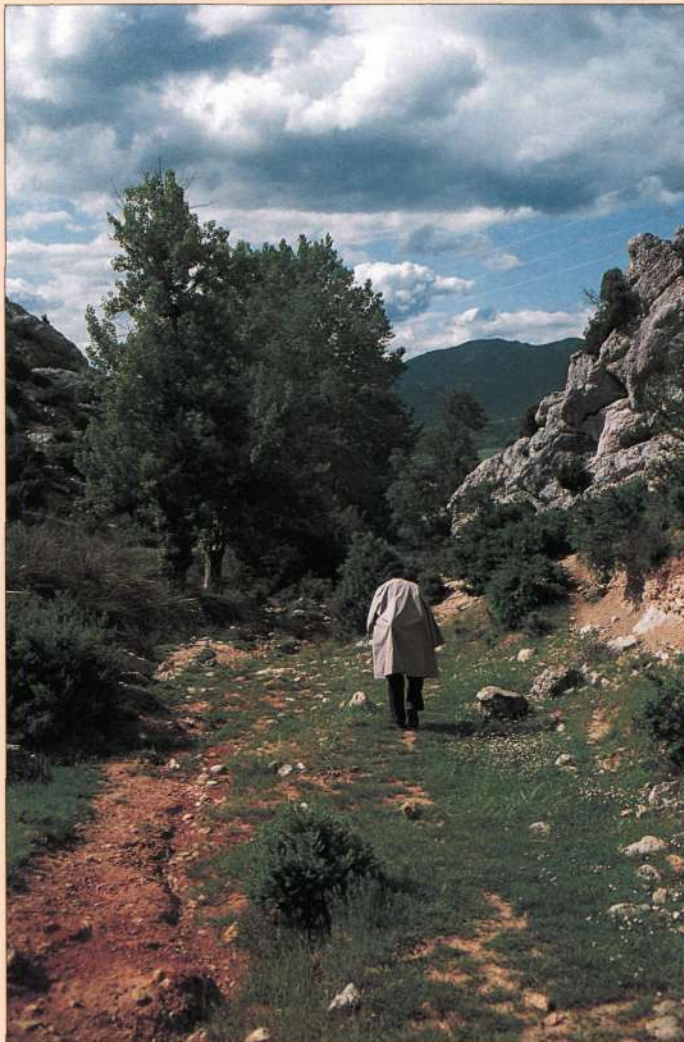
De poco sirve revisar libros y publicaciones en busca de noticias, pues salvo un sencillo croquis (1) que nos proporciona los primeros datos, el resto parece no reparar en nuestro objetivo. Como aliciente adicional mi primera salida montañera se verá envuelta por un cierto aire de aventura.

Tenemos compañía

Una mañana temprano me veo sumergida en el maletero del coche en dirección a Pancorbo, punto desde el que decidiremos la ruta más apropiada. Pronto advino que no viajo sola, pues cercana a mí se sitúa otro par de botas a las cuales, siendo magnánima, definiría como bastante deterioradas. Al resultar un viaje prolongado tengo ocasión de entablar conversación con ella, lo cual sirve para ponerme al día de las andanzas de mi dueño, con quien lleva compartiendo casi un lustro de existencia. Para finalizar, ya algo quejumbrosa, va enumerándome un sinfín de enfermedades que padece, sin duda fruto de sus continuas fatigas; suela desgastada, cuero agrietado, costuras y articulaciones laxas... y más cosas que no tomo en cuenta, pues a mí como comprenderéis, todo esto me cae todavía muy lejano.

Llegados a Pancorbo nos acercamos a Encío con la intención de recorrer la pista que conduce a Cubilla, sin duda el lugar más cómodo para ascender hasta Umión. Dado lo intransitable de la misma nos desaconsejan su utilización, viéndonos obligados a variar nuestro itinerario. Las llanuras de Santa Gadea del Cid nos permiten volver a tierras alavesas por Puentelarrá, adentrándonos seguidamente en el valle abierto por el Ebro entre la sierra de Arzena y los montes Obarenes. Aguas arriba remontamos el embalse de Sobrón hasta dar con la bifurcación, que salvando un puentecillo sobre el mismo nos conduce a las aldeas de Tobalinilla y Orbañanos (610), final del trayecto carretil.





Caminando hacia la Tejera. Debido a la abundancia de leña y arcilla rojiza, este lugar fue frecuentado durante varios veranos hasta el año 1947 por jornaleros asturianos dedicados a la fabricación de tejas.

Aparcados junto a la última casa del pueblo y mientras procedemos a los preparativos de mi bautismo montañero, su morador, un pastor que ronda los setenta, se interesa por nuestra ruta. Al decirle que vamos hacia Umión no duda en acompañarnos, pues tiene que localizar a sus cabras, bastante andarinas en esta época del año.

Tras la huella de "El Bernabé", un bandolero asturiano

Con la suerte de contar con un guía de primera mano nos ponemos en marcha por una pista que, tras pasar junto al diminuto camposanto, llega a un depósito de aguas. A su derecha el cauce de un exiguo arroyo marca la ruta a seguir hasta dar con un verde rellano conocido por La Tejera (640). Ante las observaciones del pastor vamos descubriendo los restos circulares de un horno y la planta de una vieja borda, últimos vestigios de una industria artesanal. En este lugar residieron unos asturianos afanados en la tarea de fabricar tejas, producto muy estimado por entonces y que para su elaboración no exigía más material que leña y arcilla apropiada. Como quiera que ambas cosas proliferan en las cercanías debieron de trabajar durante varios veranos antes de abandonarlo en el año 1947. Mi

dueño, interesado en los pasajes de un reciente libro (2), pretende sin éxito hacerle recordar el nombre de alguno de los trabajadores, pues según tiene leído, en el verano de 1946 trabajó como tejero en Balmaseda y las proximidades de Miranda de Ebro un célebre bandolero asturiano conocido por "El Bernabé". No sería de extrañar que entre la partida de jornaleros estuviera incluido José Bernabé Ruenes Santoveña, nombre completo de nuestro personaje. De carácter inquieto y rebelde, su origen humilde le condujo a una vida aventurera en la que no faltaron los delitos contra las personas y la propiedad, todo ello en el marco de un país atemorizado por el recién finalizado enfrentamiento civil, y las consecuencias de su dura herencia social en la postguerra.

Reanudada la marcha nuestro acompañante nos llama la atención sobre la ruta a seguir, pues aunque lo más lógico parece ser adentrarse por una profunda angostura abierta entre los altivos peñascales de San Torcaz y Los Castros, a la hora de la verdad no ofrece salida alguna. Es preciso dejar este lugar denominado Puerta de la Hoz y proseguir por la izquierda tomando una estrecha senda, algo enmarañada, que discurre paralela a un cercano cresterío (770). Al final del mismo se forma un collado al que los lugareños conocen por La Piedra de la Arena (750), en clara alusión al tipo de

arenisca predominante. En otras épocas, debido a su finura, llegaban a recoger este material y, tras filtrarlo por una criba, lo utilizaban para limpiar las planchas de los fogones de leña o económicas, prueba inequívoca de la simbiosis entre naturaleza y necesidad humana.

En este punto giramos a la derecha para introducirnos en dirección S. por un nuevo paso, más estrecho que el anterior, al que denominan El Calabozo. A medida que comenzamos a ascender por él comprendemos la razón del topónimo, ya que sumidos entre arboleda y bojedal la vegetación resulta tan tupida que apenas deja filtrar algún rayo de luz. Entre la penumbra, el pastor nos refiere un hecho acontecido en este lugar a un familiar suyo durante una cacería:

"Habiendo detectado la presencia de un jabalí, salieron dos personas en su búsqueda hasta dar con él y dejarlo malherido de un primer disparo. El animal, tratando de huir, buscó refugio en la oscuridad del paso pero fue abordado por los cazadores. Uno, desde la parte alta, trató de asustarlo con toda clase de alborotos, mientras el otro, escopeta en mano, lo esperaba en la zona más baja dispuesto a rematarlo. Al poco tiempo le vio aparecer camino abajo, por lo que, colocándole en su mira, le dejó acercarse hasta tenerlo bien próximo, seguro de no fallar. La providencia en forma de fallo mecánico salvó al animal, pues al querer realizar la segunda detonación la escopeta se encasquiló sin posibilidad de disparo. La propia estrechez de la senda provocó que el jabalí se le viniera encima, mientras el cazador a duras penas pudo sortear el maltrecho e irritado paquidermo. Cuentan que los dos se lanzaron a la huida, cada uno por su lado claro. Del jabalí no se supo nada más, pero el vecino de Orbañanos recibió tal impresión y susto que tras salir airoso del envite, prefirió desde entonces buscar ocios que ofrecieran menos riesgo, mientras la escopeta, en castigo a su fechoría, pasó a engrosar la fila de utensilios que adornaban la pared de su casa".

Hacia la cumbre a través de la Risca de Umión

Entretenidos con tanta historia alcanzamos el collado del Roble (850), pequeño paso abierto bajo el mogote rocoso que conforma el alto Los Castros (860), mientras al otro lado, una elevada cresta recibe el nombre de la vegetación predominante: las Brojas. Ya por terreno despejado vamos salvando la fuerte pendiente que se nos presenta. Tras dejar hacia la derecha el emplazamiento de la fuente de Lasnilla entramos de nuevo en zona boscosa atravesando el Hayal de los Campos (1.000-1.100), al final del cual oteamos cercano el portillo Jarrilla (1.270), amplio paso abierto entre las cumbres de Flor y Umión. Para llegar a este último no es necesario alcanzar el mismo collado, caminando hacia

poniente ganaremos sus extensas laderas acercándonos paulatinamente hacia la divisoria. El asomarnos a la cresta nos depara una nueva sorpresa pues, hacia el S. dando vista por primera vez a la aldea de Cubilla (1.020), se extiende una pared rocosa, salvable en algunos tramos, que recorre toda la montaña. Caminado paralelos al cortado, conocido como la Risca de Umión, ganaremos sin dificultad el punto más elevado (1.434), situado al borde mismo del precipicio.

Una atalaya para nueve provincias

La cumbre se encuentra coronada por una cruz metálica de considerable tamaño a la que acuden los vecinos del valle de Tobalina en el mes de junio, poco antes de la festividad de San Juan. Los ocasionales *romeros* ofrecen una misa en acción de gracias pidiéndole que preserve la comarca de las diferentes calamidades y peligros, en especial del más inmediato, la Central Nuclear de Santa María de Garoña.

La sensación de alcanzar por primera vez una cumbre resulta sumamente agradable y más si supera a todas las del contorno. Acostumbrada como estoy a mirar siempre a ras de suelo, el sentirme sobre esta atalaya me ofrece una perspectiva diferente, ya que tengo la sensación de ser yo quien

domina el paisaje. Hacia el N, nunca mejor dicho bajo mis pies, el Ebro, ensanchándose para formar el embalse de Sobrón, serpentea regando las numerosas aldeas de valle de Tobalina, mientras como telón de fondo un sinfín de cumbres van componiendo la complicada orografía vasca. Por contra, hacia el S., tras la cercana elevación de La Verdina (1.356), los pueblos de La Bureba dan inicio a las extensas tierras burgalesas, cuyo horizonte se difumina perdido en la lejanía de la meseta castellana. El asombro aumenta cuando oigo al pastor comentar que desde esta cumbre llegan a divisarse lugares de nueve provincias diferentes. Ante nuestra duda va enumerándonos con seguridad: Gorbeia (Bizkaia y Araba), Aizkorri (Gipuzkoa), San Donato-Beriain (Nafarroa), Moncayo (Zaragoza y Soria), San Lorenzo (Logroño), San Millán (Burgos) y las lejanas cumbres del Alto Campoo, que en el pico Tres Mares aúnan los términos de Palencia y Cantabria.

Cubilla: Recuerdos y añoranzas de una aldea

Nuestra pretensión de completar una interesante travesía nos obliga a abandonar la cumbre despidiendo con pena a nuestro pastor, que desciende satisfecho tras haber localizado a su rebaño. La cresta, siguiendo la misma dirección que traíamos, nos per-

mite alcanzar un resalte secundario a partir del cual comienza a girar describiendo un amplio arco. Al poco de seguir por él, damos con un elevado collado desde el que, abandonando la línea divisoria, nos lanzamos por una pina ladera para perder altura rápidamente. Próximo al fondo del cauce localizaremos un señalado camino, el cual sin pérdida posible va a desembocar frente a la carretera que une a la Aldea del Portillo con Cubilla. Para llegar a este último pueblo no es preciso pisar el asfalto pues, aprovechando una suave ladera, nos situamos sobre un altozano que domina sus apiñados caserios.

Dicen que en un tiempo sólo quedaron dos habitantes. Hoy día algunas casas están siendo renovadas, aunque la mayoría lo son por vecinos que únicamente regresan en el periodo vacacional. Al entrar en la aldea, una sensación de abandono flota en el ambiente: balcones vacíos, umbrales silenciosos, edificios semiderruidos, calles sin empedrar, incluso la vegetación, sin nadie que lo impida, va adueñándose sigilosamente de los rincones más sombríos. Por fin, los aullidos de un perro rompen el

Al asomarnos al cortado formado por la Risca de Umión, daremos vista por primera vez a la aldea de Cubilla (1.020), situada en la extensa planicie que nos separa de la Verdina (1.356)





Cruz que corona la cumbre de Umión (1.434). Desde ella podremos divisar en días muy claros tierras pertenecientes a nueve provincias.

Ocupando el centro de un gran arco formado por la cresta de Umión encontraremos el paso que facilita el descenso hacia Cubilla.

Fuente-abrevadero situada en la calle principal que atraviesa la aldea de Cubilla.

silencio sacándonos de la monotonía. Su estela es seguida por uno de los escasos habitantes que, al sentir nuestra presencia, se muestra un tanto sorprendido. Como todos somos curiosos y nadie parece tener prisa, nos dedicamos durante largo tiempo a la plácida charla saltando de tema en tema. En su conversación nos recuerda con nostalgia otras épocas en las que, reunidos en la minúscula plaza junto a la cantina, se dedicaban al deporte favorito de los contornos: el juego de los bolos. Los continuos desafíos eran la causa de que los vasos de vino corrieran de mano en mano, pagado siempre por la persona que se mostraba menos diestra aquel día. Los que no salían favorecidos en el envite buscaban fortuna dedicando su atención al fuego del tejo que, en la mayoría de las ocasiones, se realizaba con la antigua moneda de cobre de diez céntimos. Durante unos años, afirma con orgullo, el ambiente en Cubilla fue tal que no había día festivo sin que en la cantina no se cerrara algún trato de compra-venta de animales, la mayoría de las veces con gente venida de otros lugares y en ocasiones incluso, entre los propios vecinos del pueblo.

Hoy en día, vacas, cabras y patata conforman la trilogía sobre la que gira su reducido mundo económico pero, como no todo va a ser esfuerzo y trabajo, siempre queda un resquicio para pensar en las fiestas. Antiguamente debieron de celebrarse allá por el mes de noviembre, si bien la inseguridad climatológica hizo aconsejable, sin ánimo de ofender a su patrón San Román, el trasladarlas hasta septiembre. Posteriormente la falta de habitantes ha sido la culpable de un nuevo cambio ya que en la actualidad, cuando la mayoría de los veraneantes, antiguos vecinos del pueblo, ven acercarse el final de sus vacaciones de agosto, organizan su fiesta-despedida. Unas luces de colores y un sonoro tocadiscos son suficientes para improvisar una juerga nocturna en la que, tras la diversión, se desean salud y prosperidad hasta el próximo año.

De regreso hacia Orbañanos

Un sincero apretón de manos sirve para despedirnos de nuestro contertulio que vuelve con resignación a sus quehaceres cotidianos. El tiempo pasa inexorable y nosotros, aficionados al peregrinaje, debemos emprender el regreso saliendo nuevamente en dirección a la montaña. Una amplia pista abandona la aldea queriéndonos acercar hacia el emplazamiento de una reciente vaquería, aunque no es necesario llegar hasta ella. Poco antes, tras hacer acopio de agua en un abrevadero próximo, abandonaremos la pista al describir una amplia curva siguiendo hacia el E. por un camino que nos conduce en pocos minutos al paso (1.065) abierto bajo el peñasal de San Pedro (1.081).

Dando la espalda al mismo, la ruta,

mediante desdibujados senderos, se limita a ganar una acusada pendiente conduciéndonos a las cercanías del portillo Jarrilla. Poco antes de alcanzarlo, un corto desnivel nos permite encaramarnos al mirador de Flor (1.340), atalaya secundaria empujéncida bajo la cercana cresta de Umió.

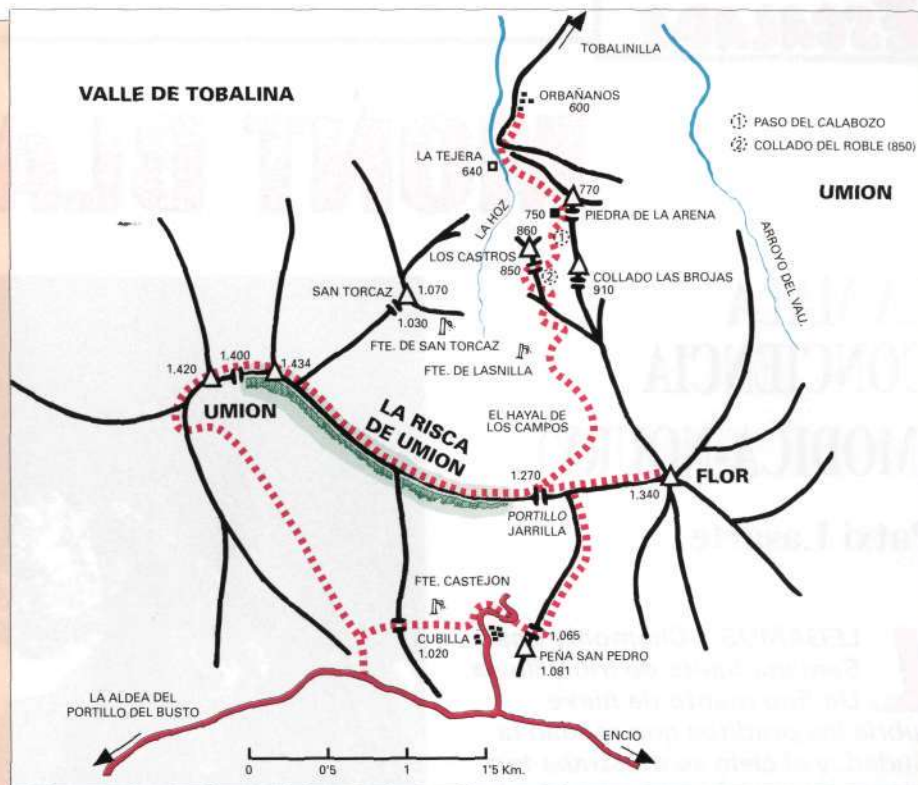
De regreso al portillo, pese a mis esfuerzos por adecuarme, los pies de mi dueño comienzan a sentir los efectos del cansancio, señal inequívoca de que aún no hemos terminado de acoplarnos. Lo correcto es descalzarse y que yo reemplace el lugar que hasta ahora venía ocupando en la mochila mi vieja compañera. Ella está mucho más habituada que yo a los descensos y a mí por contra no me importa, pues se trata de desandar en sentido inverso el trayecto de esta mañana.

Despidiendo a las viejas botas

Terminada la caminata en Orbañanos, decidimos aprovechar el viaje recorriendo lugares como Barcina, Quintana-Martin Galíndez y en especial Frías, cuyo recinto amurallado se yergue sobre el valle mostrando con orgullo su reminiscencia medieval. Una angostura en la que que se encuentra la ermita de la Virgen de la Hoz da paso a Ranero y La Aldea, para superar el Portillo de Busto (990) antes de descender por los pueblos de la Bureba hasta Pancorbo, principio y final de este periplo a través de los montes Obarenes.

A medida que intuyo el regreso a casa, la agradable sensación de haber vivido una jornada inolvidable va adueñándose de mis pensamientos, aunque no todo es alegría compartida. Mi compañera, la vieja bota, no ha podido resistir el duro descenso de Orbañanos y sus costuras han acabado por ceder. Durante años ha recorrido infatigable los lugares más diversos, sintiendo de cerca la suavidad del fino pastizal o el duro contacto de la caliza. Ha soportado estoica los calores estivales y hasta el rigor de las gélidas mañanas de invierno. Hundida entre la nieve, sumida en el lodazal, la propia hojarasca se ha ofrecido a sus pies con su canto jovial. Su caminar no ha sido baldío. A través de nuestro dueño común, su entereza y experiencia me han llegado intactas, lo que unidas a mi juventud e ilusión, hacen presagiar un futuro en el que no han de faltar nuevos caminos y senderos por recorrer.

Mientras escribo, adormecida ya por el cansancio, mi mente comienza a volar de cumbre en cumbre ascendiendo montañas sin desmayo. Una cadena de familiares siluetas desfila ininterrumpidamente extendiendo sus sonrientes laderas que me envuelven en su regazo, mientras los amplios brazos, facilitando mi sueño, mecen suavemente el lecho sobre el que me hallo. Por hoy ya basta, sólo he pretendido contaros mi primera ascensión y explicaros su título: "Umió, final y principio de unas botas". □



FICHA TECNICA

HORARIO

Orbañanos	0'	Umió (1.434)	1 h. 45'
La Tejera	7'	Cubilla	2 h. 45'
La Piedra de la Arena	15'	Portillo Jarrilla	3 h. 15'
Col. del Roble	30'	Flor (1.340)	3 h. 30'
El Hayal de los Campos	50'	Orbañanos	4 h. 30' / 5 h.
Portillo Jarrilla	1 h. 15'		

Bibliografía

- Aldasolo F. "Umió" en "Montes Alaveses". Delegación Alavesa de Montañismo. Pág. 118.
- Gómez Fonz JR. "Bernabé, el mito de un bandolero". Temas de Investigación Asturiana. Ed. S. Cañada.

Mapa

Mapa IGN n.º 137 (Miranda de Ebro)

Los restos del castillo y su recinto amurallado, junto con la fuerte pendiente de sus estrechas callejas, dan a Frías su inconfundible sabor medieval.



Fotos del autor